

Prólogo

*Cementerio de Saint Pancras.
Londres, junio de 1819*

¿Sabes lo que se siente al caer al vacío? ¿Esa sensación de que nunca en la vida has tenido nada tan claro como que vas a morir en unos segundos? ¿No? En realidad, yo tampoco. Esa pregunta resonaba en mi mente siempre que venía sola al cementerio. Solía ser de noche cuando las calles poco iluminadas de Londres me arropaban y los árboles y lápidas que envolvían el camposanto me proporcionaban cobijo y seguridad. Los panteones de las familias aristocráticas se cernían sobre mí, al igual que los nobles que aún seguían vivos, por las rendijas de esta ciudad ahora dormida. Ellos nunca iban a ese lugar, el yugo de sus palabras no me asfixiaría en mi lugar tranquilo. Las tumbas bajas me acompañaban, amortiguaban mis pasos con las hojas caídas de los árboles, con el musgo sobre las losetas o el barro, lo que me traía recuerdos de un lugar al que esperaba volver pronto, Escocia. Mi Escocia, a veces igual



de lúgubre que este lugar, pero mucho más amable. La oscuridad podía ser aterradora en algunas ocasiones, pero en otras hacía que con solo la luz de un candil pudieras vislumbrar los ojos de los depredadores que te acechaban. En las tinieblas, podía ver si existían miradas indiscretas a mi alrededor. ¿Quién saldría si no a vigilarme a altas horas de la madrugada? Solamente seres nocturnos vigilando a su presa.

Mientras miraba el cadáver que se encontraba en la tumba abierta del cementerio, no podía evitar pensar en las sensaciones que habrían embargado a ese hombre mientras caía desde el puente y se ahogaba en el agua helada. También me era inevitable pensar en su vida: ¿cómo habría sido? Muchas decisiones habrían sido certeras, pero muchas otras, incluida la que lo había llevado hasta aquel puente, habrían sido erróneas. Lo único que ansiaba en ese momento era sacar el cuerpo sin vida de la sábana que lo envolvía. Rogaba a un ser inexistente que me diese algún detalle de su vida en forma de visión, aunque eso no era lo más importante para mí. Quería saber dónde estaba su alma. ¿Seguiría ahí dentro o habría salido de su cuerpo?

El frío de la tierra húmeda se colaba por mi vestido de algodón de color negro y por mi capa. Siempre me los ponía para salir durante la noche, esperando que la tonalidad oscura me sirviese para camuflarme en las lúgubres calles de Londres. Mis zapatos, de un tono azabache, estaban cubiertos de rocío, lo que hacía que se me helasen los pies mientras observaba a un cadáver al que todavía no habían enterrado y yo había destapado... Casi podía sentir más de cerca el momento de su muerte.

La luz del candil se estaba agotando, lo que me indicaba que llevaba más tiempo del que debería en el cementerio. Tenía que volver a casa, así que me levanté y, como pude,

envolví de nuevo a ese hombre y lo dejé allí, en el lugar donde quería recibir su descanso eterno.

Mis piernas se movían al ritmo de mi creciente nerviosismo, al igual que mis ojos. No era la primera vez que hacía esto, pero la sensación que me acompañaba esa noche era distinta. Podía sentir los ojos de un depredador sobre mí. Ya no había musgo para acallar mis pisadas, volvía a estar en terreno peligroso. Era como un ladrón entrando a robar en una iglesia: aunque el sacerdote no estuviese allí, siempre te sentías observado por algo invisible, más grande que tú... Quizás era mi miedo el que me observaba, quizás mis mentiras y mis engaños se habían materializado a cada paso que daba por cada callejón, pero no era así: había algo más detrás de mí. Sentía su aliento, su respiración, sus garras intentando agarrar mi vestido. Alguien me había estado siguiendo, alguien me estaba viendo... Escaparse en plena noche a visitar cementerios para observar tumbas y difuntos no era algo que una señorita de clase alta debiese hacer. Mi reputación había sido comentada entre las más altas esferas de la sociedad en más de una ocasión. En otras circunstancias, no me hubiese importado sentir la ira de todos aquellos que se autoproclamaban superiores moralmente; ahora no podía permitir que alguien me viese... pero necesitaba ir a despedirme.

No podía dejar de pensar en ellos, las personas que dictaban las leyes sociales: su influencia, dinero y poder era todo lo que necesitaban. El dinero movía el mundo, por culpa de esa riqueza ficticia acabé en Londres. Y por culpa de quienes la manejaban tuve que casarme.

El silencio de la noche se veía perturbado por los fuegos de aquellos que no tenían cobijo. Mi capa me cubría los ojos, proporcionándome así una sensación de falsa seguridad, algo que necesitaba para seguir mi camino. Al girar por varias callejuelas, intentando sortear a algunos

borrachos que iban en busca de otra taberna para seguir bebiendo, por fin llegué hasta el callejón que daba a la parte trasera de mi actual hogar, al que maldeciré hasta el fin de mis días. La cocina me recibió igual de oscura y solitaria que las calles que ya había dejado atrás y, sin demorarme mucho más, me desvestí para quedarme en camisón. Dejé mi vestido en la pila donde se lavaría al día siguiente. Todo esto era un ritual para mí, siempre que salía por las noches; ya fuese para encontrarme con Rowan o para observar a los muertos, procedía de la misma manera, aunque esa noche hubiese sido distinta, por aquella sensación que me perseguía al sentirme observada. Quizás esos ojos no fuesen más que la mirada de las almas que habitaban el cementerio; quizás alguna de ellas me había seguido hasta casa y había huido al ver que este sitio no era mucho mejor que el que había dejado atrás. Al mirar por la ventana y comprobar que no había nadie en el callejón me tranquilicé. Decidí subir hasta mi tumba particular, la cama en la que me esperaba mi marido.

Encendí de nuevo el candil para alumbrar las estrechas escaleras a las que se accedía pasando por el comedor. El suelo de madera crujía a mi paso, el servicio estaba durmiendo y parecía que toda la casa estuviese tranquila, así que me relajé aún más. Estaba tan concentrada en llegar a la cama que, cuando creí que la noche había llegado a su fin y que podría calmar mis demonios y pensamientos durante unas horas, una voz desde el sillón que había en el salón contiguo al comedor hizo que volviesen todos de golpe con una pregunta en mitad de la oscuridad.

—¿Dónde estabas?

I. Nacimiento

*Casa de la Familia Wright.
Condado de Lanark, Escocia.
31 de octubre de 1798*

Un llanto resonó por el bosque en la fría y oscura Noche de los Muertos. Avanzó hasta perderse entre la frondosa vegetación, pero, si lo siguiéramos hasta su origen, nos recibiría la nueva vida que se abría camino. Aquella no era una buena noche para los alumbramientos. Los espíritus, las hadas y los seres del bosque estaban más activos que en cualquier otro momento del año, y eso podía ser tanto bueno como malo. La casa hasta la que nos conducían los llantos se encontraba próxima a un arroyo, ni lejos ni cerca de las demás construcciones. Los edificios eran todos de piedra, incluido el que nos incumbe. Si subiéramos por su fachada, llena de musgo y enredaderas, alcanzaríamos a ver varias habitaciones oscuras y amplias. Habían encendido velas y las habían colocado en las ventanas de madera y cristal. En la planta superior, una mujer



exhausta y ojerosa sostenía a la recién nacida. Su pelo cobrizo estaba recogido en lo que antes eran dos trenzas perfectas, pero el sudor y el esfuerzo las convirtieron en un amasijo de mechones sin sentido. Muchos de ellos caían por sus rasgos finos y algo redondos; sus ojos marrones estaban húmedos por las lágrimas derramadas. La cara de esa mujer no era la que a uno le gustaría ver en una madre que acababa de dar a luz, parecía decepcionada; cuando el padre entró en el cuarto, la sensación de desasosiego aumentó considerablemente. El hombre era imponente, alto y musculado. Su pelo oscuro bien peinado contrastaba con sus ojos azules, y el contraste le confería un aspecto algo siniestro. Solo una persona de aquella habitación parecía exultante de alegría: la abuela de la criatura. Su cabello pelirrojo le caía por la espalda como una cascada de rizos, con algunos mechones más claros debido al paso del tiempo. Sus ojos, de un verde apagado y grandes como el bosque de fuera, eran los más expresivos de la sala. Aunque las arrugas surcaban su rostro y enmarcaban sus rasgos, era una mujer muy bella. Fue ella quien interrumpió el silencio que se había creado después de calmar al bebé.

—Es un milagro de la naturaleza. Gracias a ella podremos disfrutar de esta preciosa niña que has traído al mundo... —Las lágrimas descendían por su cara mientras observaba la cabecita pelirroja de la pequeña—. Se parece a ti, Alison.

—Una lástima que hayas alumbrado a una niña, cariño —dijo el hombre, que volvió a mirar con decepción a la criatura—. No sería tan malo si no pareciese tan... escocesa. En fin, lo intentaremos en más ocasiones, querida. —La mujer estaba agotada, pero miró a su marido con una sonrisa y le acarició la mano.

—Hay que ponerle nombre —dijo Alison, su madre.

—Ha nacido en Samhain —dijo su abuela, Isolda—. Y en Escocia. Debería llamarse Alanna, es un nombre de origen celta que significa...

—¡De ninguna manera! —interrumpió el padre—. Si ya me va a resultar difícil casarla por vivir en Escocia y por tu reputación, imagínate si la bautizamos con ese nombre pagano. Es más, el sacerdote no lo aceptará... —Su mirada reflejaba el rencor que sentía por aquella mujer.

—¿Qué nombre propones, Dawson? —dijo la mujer mayor que todavía sostenía a la criatura en brazos.

—Katherine. Es un nombre muy popular entre la clase alta y además es inglés, le dará algo a su favor.

—No es más que un nombre, simples apariencias...

—¡Mejor que un nombre pagano impuesto por una mujer como tú, Isolda!

—¡Eres un desgraciado! Mi nieta no se llamará de esa forma... —dijo Isolda—. Te recuerdo que tienes la mitad de tu fortuna gracias a mi hija...

—¿Y quién querría estas tierras en mitad de la nada? —Tras esa pregunta se escuchó una risa en la habitación.

—Tú las quisiste después de meterte entre las piernas de mi hija; de hecho, peleaste por ella. —Isolda siguió riendo hasta que vio cómo el rostro de Dawson se tornaba rojo de rabia. —Mi nieta se llamará Alanna, es mi última palabra.

—¡Basta ya! —gritó Alison—. Estoy harta de que peleéis —dijo mientras se frotaba los ojos con los dedos—. Se llamará Katherine Alanna Wright, así ambos estaréis contentos y callados. —El sueño comenzaba a hacer mella en Alison, por lo que la conversación llegó a su fin.

Dawson Wright salió de la habitación como si estar allí ya no tuviera importancia alguna y con la sensación de haber perdido una gran batalla, pero no la guerra. Ambas mujeres se quedaron solas a la luz de las velas, arrulladas

por el silencio solo roto por las gotas de lluvia que comenzaban a caer.

Una nueva vida se abría paso entre las sombras de Samhain, entre las sombras de una familia que no la había aceptado del todo, pero siempre habría algo de luz, y su abuela sería esa vela que se encargaría de protegerla de aquellos que se creían buenos pero no lo eran. Le enseñaría que la oscuridad no siempre es mala, porque de ella pueden surgir maravillas, como su pequeña nieta. Le haría aprender que con un candil puedes ver más detalles que a la luz del día y que no es malo perderse en las sombras para luego encontrarse.

II. Comienzos

Londres, 1 de enero de 1818

Los comienzos para mí siempre parecían tortuosos y despiadados. Este carruaje, que me transportaba hasta mi nuevo hogar, me hacía sentir como si me encontrase a varios metros bajo tierra, enterrada en un ataúd como el que acababa de dejar atrás en Escocia. Londres me esperaba, lluviosa, al igual que mi tierra natal, pero ahí acababan las similitudes. Calles y calles conectadas por unas casas que se unían sin orden lógico: altas, bajas, algunas con las fachadas pintadas, otras no, que se apretaban más y más, como si la necesidad de construir una nueva vivienda fuese algo tan importante que la sensación de ahogo no cupiese en la mente de aquellos que las erigían. Podía ver, a través de los ventanales, a familias enteras viviendo en un simple salón; únicamente unas mesas y unas sillas tenían cabida en la estancia. Casi todo lo que alcanzaba a ver era igual. Las mismas escenas, los mismos niños con los mismos ropajes desaliñados salían de aquella jaula que



llamaban hogar para jugar en la calle. El suelo repleto de barro hacía costoso caminar, te hundías en él. Unas extremidades viscosas se apoderaban de las piernas de todos aquellos que se creían lo suficientemente fuertes para escapar de ellas. Me imaginé esos brazos llevándose a un sitio desconocido a la mayoría de las personas que habitaban este lugar. Pensé que hasta para aquellas extremidades era demasiado trabajo, había demasiadas piernas que atrapar. Me gustaba pensar que ellos querían lo mismo que yo: que las abarrotadas calles de Londres se despejasen, porque había demasiada gente.

En realidad, allí no había espacio para nada, ni siquiera para mí. Lo único en lo que podía pensar era en la certeza de que yo no hacía falta en aquel lugar. Ya había demasiada gente que respiraba el aire pesado provocado por las fábricas, que nunca había visto un bosque, que deambulaba por unos espacios sucios por el mismo bullicio y que nadie podía o quería ver. Yo, simplemente, sería otra mota de polvo en ese aire denso y gris, al igual que la vida que me esperaba. Mi padre había conseguido su mayor objetivo con respecto a mi vida, como si yo no fuese dueña de ella por el simple hecho de ser mujer, por la única razón de no tener su respeto; había conseguido unirme en matrimonio y mi elección o mi opinión le importaba bien poco. Edgar Woods sería mi marido, un importante conde y empresario inglés que, según mi padre, «era lo mejor que había podido conseguir». Guardaría para siempre su cara de rabia, su decepción y su constante necesidad de que yo hubiese sido más, como algo para estar orgullosa de mí misma. Nunca fui como él y nunca lo sería, por mucho que insistiese en ello.

Recordaba haber visto a Edgar Woods antes. Hablar con él me había resultado interesante a la par que moralista. Sus ideas sobre la sociedad y cómo estábamos avanzando me

parecían las típicas de alguien que siempre había poseído títulos y riqueza, pero que apostase por el arte y la cultura llamó mi atención, hasta que mencionó que lo más importante para él sería casarse y tener cuantos más hijos mejor con una buena mujer. Nunca entenderé por qué habría de ser yo la elegida como esa «buena mujer». Solo esperaba que a padre le hubiera salido bien cara mi supuesta buena reputación, porque si algo tenía claro era que yo no había hecho nada para entrar en esos cánones de perfección, fueran cuales fueran.

La ciudad me recibió a mí y a mis divagaciones sin desmentir lo que ya sabía sobre ella. El río que vislumbraba a mi izquierda era sucio, turbulento y frío; supongo que la inspiración para construir la ciudad surgió de él. A la derecha, las mismas casas torturadas por el paso del tiempo y la humedad. Las grietas en las paredes se adueñaban de las fachadas, me parecieron árboles creciendo en una ciénaga inhabitable para los humanos. ¿Quién construiría una casa en un terreno tan poco estable? Una leve risa salió de mis labios al pensar que yo lo había hecho. Me había construido a mí misma sobre unos sueños que no podrían sostener el peso de la realidad.

Mi viaje llegó a su fin cuando, después de muchos giros y desvíos, nos paramos delante de una casa de ladrillos en un barrio de clase alta. El mismo barrio de la primera vez... Agradecí que la vivienda solo estuviese pegada a otra por uno de sus lados. El otro extremo daba a un callejón no muy grande, pero me pareció suficiente para no sentirme atrapada. Al menos, el viento era libre de fluir como quería por esa pequeña rendija de la ciudad. Para mí, el agua siempre había sido sinónimo de libertad, pero esta ciudad había conseguido encarcelar el río y mimetizarse con él.

El cochero llamó a la puerta y, en cuanto una de las criadas hubo abierto, llamó a los demás miembros del



servicio para que recogieran mis cosas y las llevarasen a mis estancias.

Me sorprendió la juventud de la mayoría de los criados, quienes me saludaron con una inclinación de cabeza y un sonoro «*milady*», al que yo no contesté. La chica que nos abrió la puerta era joven, bastante baja y con grandes ojos verdes. Llevaba el pelo recogido debajo de la cofia, por lo que no lo pude ver bien, pero era muy guapa. Si no hubiese sido de clase baja, quizás ella habría ocupado mi lugar. Asco. Sentí odio por esa chica; si ella hubiese nacido en otra familia, quizás yo no estaría aquí. Me acompañó hasta una de las habitaciones de invitados. Puede que en otro momento me hubiese parecido espaciosa y luminosa, el parque que veía desde la ventana habría sido un gran aliciente para sentir que estaba en casa... El dosel de la cama de matrimonio era oscuro y me sumergí entre sus pliegues como si de las lóbregas y frías aguas del río se tratase. No quería calor, no quería toda esa luz que entraba en mi habitación, no era bienvenida, no podía entrar en mi espacio, pero eso era lo que me esperaba a partir de ahora. La invitada aquí era yo, la luz era dueña de la habitación antes que yo, igual que Edgar era el dueño de la casa y la criada era dueña de esos ojos que a mí me habían dado repulsión. Como invitada que era, me quedaría en las sombras de esta habitación de paredes adornadas con papel pintado y cama con dosel, mientras pensaba que quizás este pequeño recodo podría ser mío... Al fin, algo de mi propiedad.

La estancia principal estaba reservada para la noche de bodas, no quería saber cómo era, me daba igual. El enlace sería al día siguiente y no vería a *lord* Edgar hasta la ceremonia, por lo que estaría sola durante el día, cosa que agradecí.



Las horas pasaron veloces, como si algo o alguien estuviese leyendo mi historia y se hubiese saltado las páginas para llegar hasta el final. Solo podía desearle a esa entidad perversa que el desenlace le resultase tan desgarrador como me estaba resultando a mí. En ese momento, sin embargo, parecía que todo iba más lento, como en un sueño en el que caes al vacío. Sabes que terminará cuando vayas a chocar contra el suelo, pero te despiertas antes de hacerlo.

Apenas notaba las manos que me tocaban el pelo y la cara y me acomodaban el vestido. Yo les suplicaba con la mirada a todas las personas que durante esa mañana acudían a mis aposentos que me sacasen de allí, pero nadie parecía entender o quizás nadie quería ayudar. Yo solo era alguien más que aceptaba una boda concertada. ¿Cuántas de nosotras habremos suplicado por esto o por algo peor sin ser escuchadas?

Mis padres estaban tan contentos que una parte de mí se sentía culpable por no estar disfrutando, por no admirar mi vestido, los guantes que me acariciaban las manos, las joyas que adornaban mi cabello. Yo no podía sentir esa alegría; los guantes parecían cadenas de hierro, me apretaban las manos y las muñecas, recordándome que no podría escapar; el vestido me amortajaba, como si todos los lazos que lo decoraban fuesen cuerdas para atarme a la viga de la hoguera, y el carruaje era el verdugo que me llevaba hasta la iglesia para que la multitud disfrutase de mi muerte en las llamas.

Llegué a mi destino y, como presa que sabe que ya no tiene salvación, me dejé invadir por algo distinto al desasosiego. El vacío que me consumía se hacía más notorio a cada paso que daba hacia el altar. Era como si mi alma



hubiese decidido abrir las puertas de mi cuerpo y salir de él, dejándome allí, rodeada de gente que no sabía que lo que veían era tan solo un recipiente que no albergaba nada. Yo ya había sentido la pérdida, la desazón y la injusticia y, mientras pronunciaba aquellas falsas promesas de amor eterno, igual de vacías que el recipiente que las recitaba, todo cobró sentido. Yo ya estaba muerta y en aquella iglesia me estaban enterrando. Todo terminó como se esperaba, con el beso sellando nuestra unión. «Hasta que la muerte os separe», dijo el cura. Si eso fuese cierto, ya estaríamos separados.



Llegamos a la fiesta después de la ceremonia. Solo veía rostros exultantes de alegría, como los de mis padres o Kenzie. Otras familias me miraban con rencor. Yo no debería llevar un vestido de novia, no debería ser la señora Woods. Creían que me ofendían, pero lo que no sabían era que estaba mucho más de acuerdo con ellos de lo que se imaginaban.

Abrí el baile con Edgar mientras él me hablaba, pero apenas lo escuchaba. No era más que un susurro fuera de mi ataúd. De repente, la música cesó y mis movimientos lo hicieron con ella. Estaba justo delante del escenario, este me recordaba a otro momento en el que era feliz y, por primera vez desde hacía días, sonreí.

Cuando levanté la vista vi a Rowan subiendo al escenario. Empezaba a creer que mi mente me estaba jugando una mala pasada, pero algo llegaba a mis oídos, las primeras palabras que escuchaba desde la ceremonia.

—Sé que te fascinan la lectura y la escritura, por eso he traído al escritor que leyó en la boda de Kenzie —dijo Edgar.

Rowan me miraba. Se estaba presentando a todos los invitados, pero, a los pocos segundos, vi cómo se arrodillaba justo delante de mí y sentí mis lágrimas luchando por salir.

*Canta el Petirrojo posado en un sauce,
canta fúnebres notas que acompañan al árbol llorón.
Hinchia el pecho y se lamenta el viento,
exhala su canto y se estremece el cielo.
Herido y cazado, su oda es un lamento,
un réquiem triste que evoca lo verde del campo
y la libertad de su vuelo.*

La opresión en mi pecho se volvió insoportable y, cuando los dos primeros versos habían pasado, liberé mi alma en forma de lágrimas. Me daba igual que me viesen. Mi funeral había provocado felicidad, pero siempre había alguien que lloraba a los muertos y, ¡qué ironía la mía!, quien me lloraba, era yo misma.

*¿Por qué no vuelas, Petirrojo? ¿Por qué no silbas melodías
de sueños y amor?
Tu falso hogar es una zarza, te ata las alas y daña tu voz.
Sabes que su pobre abrazo es una ilusión, promete amor, pero
ahoga tus deseos.
Vuela, Petirrojo, únete al baile de las aves libres y canta con
tu propia voz sus canciones.*

Rowan finalizó su lectura y los presentes rompieron en aplausos, pero yo no podía. Necesitaba consuelo y la única posibilidad que encontré fue coger la mano de Rowan. Él



aceptó sin dudarle. Nos quedamos unos segundos así, sin pensar en nada más, en nadie más, solamente estábamos nosotros en aquella sala abarrotada con nuestras manos juntas. No sabía cuánto tiempo llevábamos así, hasta que Edgar intervino y nos separó mientras le daba a Rowan las gracias y el dinero acordado. Su mano me quemaba; era tan distinta a la de Rowan que no sabía si podría soportarlo.

Entonces, me di cuenta de que tendría que soportar algo mucho peor.

La fiesta continuó durante un par de horas más, hasta que Edgar anunció que ambos debíamos irnos. Todos nos miraban, sobre todo a mí, mientras nos dirigíamos hacia el carruaje que nos estaba esperando.

Nuestra morada nos aguardaba. La fachada pintada de gris claro, junto con los marcos de las ventanas y las puertas de madera oscura, le conferían un aspecto siniestro, sobre todo después de la puesta de sol. Desde fuera, el interior se veía oscuro, como si de una cueva se tratase; no podía ver a ningún criado y apenas podía otear las siluetas de algunos muebles. Únicamente una luz se dejaba ver a través de una de las ventanas del segundo piso, como si estuviese pidiendo auxilio desde allí arriba. Sabía que esa luz sería la de la chimenea de nuestra alcoba, preparada ya para nuestra llegada. La casa, en definitiva, parecía un reflejo de mis sentimientos.

Bajé del carruaje y me encaminé hacia la que había sido mi habitación, solo mía hasta hacía unas horas, pero no era ahí donde debía ir. La mano que abrazaba la mía me guiaba hasta una alcoba compartida con mi carcelero. La cama estaba preparada, había velas encendidas que le conferían al ambiente un tono lúgubre, aunque suponía que esa no era la intención. Edgar comenzó a quitarme el

vestido, la tela cayó con un golpe seco, dejándome con mi camisola y mi corsé.

—No tengas miedo, Katherine. Iré despacio. —Casi preferiría que fuese rápido y me dejase dormir en paz. Forcé una sonrisa como única respuesta, creo que Edgar tampoco esperaba que dijese nada.

El tiempo parecía correr de forma distinta a la habitual. Mi corsé ya no estaba, ni mi camisola; tan solo mi cuerpo contra las sábanas frías y, pronto, una silueta que se posaba sobre mí.

Mi pecho subía y bajaba con dificultad, sentía algo pesado dentro de él que no me dejaba respirar. Mis piernas se abrieron en contra de mi voluntad con Edgar entre ellas. No me di cuenta de que estaba temblando hasta que un susurro llegó a mis oídos pidiéndome que me calmara. Intenté controlar mi respiración... Intenté recordar algo que me hiciese feliz. Mis pensamientos volaron hasta el granero, con mis velas encendidas mientras el murmullo del agua me mecía cuando escribía, y también vi a Rowan acariciándome el pelo... De repente, un dolor agudo brotó de entre mis piernas, devolviéndome a la realidad. Un escozor me recorrió todo el cuerpo mientras mis manos luchaban por quitarse de encima a aquel hombre que me estaba destrozando.

—Relájate, pronto no sentirás dolor, solo placer.

Mis lágrimas caían mientras mi mirada se posaba en el fuego de la chimenea. Su crepitar luchaba contra los gemidos de placer de Edgar, pero nada sonaba más fuerte que estos. Ahora lo veía claro: desde mi muerte en aquella ceremonia de boda, mi alma había bajado al infierno. Las llamas eran el símbolo inequívoco de mi condena; mis gemidos de dolor, los de todos los condenados. Mi torturador eterno ejercía su castigo sobre mi cuerpo maltrecho, sin piedad ni posibilidad de escapar. Para siempre.

